

baile campestre resonaba á lo lejos. Reinaba en la naturaleza una calma profunda que contrastaba con la agitación de las gentes. Todo se absorbía en la inmensidad majestuosa del espacio. Una brisa suave refrescaba el ambiente y todo convidada á la contemplación. Elena y Emilia estuvieron largo rato inmóviles apoyadas en la barandilla de hierro, mirando y callando. Luego la señorita de Graville exhaló un suspiro que hizo levantar la cabeza á su compañera. La señorita de Lereboulley vió á Elena pálida é inquieta, la cogió la mano y le dijo dulcemente:

—¿Es lo que ha dicho á usted el señor de Thauziat lo que tanto la preocupa?

—¡Sí!

—¿Le ha declarado á usted su amor?

—Me ha dicho si quiero ser su esposa.

Las dos volvieron á callar. El corazón de Emilia latía con tal fuerza que parecía que se iba á salir del pecho. Había llegado el momento terrible en que debía poner á prueba su valor y su virtud. Concentrada en sí misma se encontró moralmente tranquila y dueña de su razón; su dolor no era tan vivo como había imaginado. Una especie de abnegación, un ardor de mártir la embargaban y le hacían soportable la tortura de oír decir que el hombre á quien adoraba amaba á otra y oírsele á ella misma. Su carne se rebelaba, pero su espíritu desasiéndose de los lazos materiales, se cernía altivo sobre las angustias humanas. Al encontrarse tan noble y tan grande sintió un movimiento de orgullo. Este fué el goce supremo de aquella alma,

el sublime desquite de su desgracia é inferioridad.

—Luis también ama á usted—dijo.—No se lo ha dicho aún, pero es preciso que usted lo sepa.

—Ya lo sé.

—¿Y es quizás eso lo que tiene á usted pensativa y agitada?

—Es la primera vez de mi vida, llena ya, sin embargo, de acontecimientos dolorosos, que tengo que tomar una resolución grave. Me he defendido contra el abatimiento y la desesperación, he luchado contra la miseria y las malas tentaciones y he tenido valor á decisión. Pero no se trataba más que de mí. Mi resolución no comprometía el porvenir ni la felicidad de los demás. Cuando no se ha de responder más que de sí mismo y por sí mismo, siempre se puede ser fuerte. Cuando pesa sobre una persona cierta responsabilidad moral, se encuentra menos segura del camino que debe seguir, y marcha con menos resolución. Yo he escuchado esta noche durante una hora al señor de Thauziat y hace dos meses que veo al señor de Hérault ocuparse de mí, cada vez con más atenciones, sin que por mi parte haya hecho nada para alentarle. Muchas cabezas se transtornarían con este triunfo. ¡Será nada por dos hombres!... Muchas mujeres se creerían en el colmo de la alegría. Yo no experimento más que tristeza. La respuesta que tengo que dar ha de ser para el uno ó para el otro motivo de amargura y disgusto, y dudo si sería lo mejor que abandonase esta casa, donde no habré traído más que la perturbación.

—¿Y qué se conseguiría con eso? ¿Cree usted

que Thauziat y Luis no sabrían encontrarla? ¿No quiere usted casarse? Entonces todo está dicho y en lugar de un desgraciado habrá dos. Pero si no tiene usted vocación de soltera, es preciso escoger. Y aceptar á Thauziat que se presenta ó permitir á Luis que se declare.

Emilia había dejado escapar estas últimas palabras rápidas y breves como si le quemasen los labios. Se pasó la mano por la frente y añadió procurando sonreír.

—Vamos á ver querida, ¿quiere usted vestir imágenes?

—Nunca había pensado en casarme en la humilde condición á que estaba reducida, pero nada me aparta del matrimonio.

—¿Entonces?...

—No hablo á usted por casualidad en este momento. El señor de Hérault no tiene secretos para usted y de ello usted misma me acaba de dar la prueba. Por otra parte usted conoce mucho al señor de Thauziat que está estrechamente unido á su señor padre. Usted me ha demostrado simpatía y creo que me quiere. Pues bien, hágame usted un favor inmenso. Ilumine usted mi razón. Deme usted un consejo.

—¡Caramba! ¿Es eso lo que usted pretende? ¿Quiere usted que le diga á cuál de sus dos pastores debe dar la manzana? Esto es lo contrario del juicio de Paris. ¿Y ya hago de Venus? ¡Vaya una ideal! ¿Luis ó Thauziat? ¿Thauziat ó Luis? ¿Para qué escoger? ¿No será mejor que los juguemos á cara ó cruz?

Su risa, que era convulsiva, se ahogó en un sollozo.

—¡Dios mío! ¿qué tiene usted?—exclamó la señorita de Graville asustada cogiendo á Emilia por los hombros, temerosa de que se desmayara.

—¡Nadal Déjemeusted—contestó la joven rechazando suavemente á su compañera.—Soy una estúpida. No me hable usted. Esto pasa al momento.

Cogió vivamente el pañuelo y se tapó el rostro á fin de que Elena no viese correr sus lágrimas. Lloró amargamente, agarrándose á la barandilla para no caerse, y al cabo de algunos minutos, secándose los ojos con un ademán de orgullo, se volvió á su amiga, pálida, pero serena, y la dijo:

—Ha hecho usted bien en dirigirse á mí; de nadie podría obtener un consejo más leal ni más desinteresado. Usted conoce perfectamente á Luis con la cual vive en constante intimidad. En él no hay nada oculto, todo está á la vista. Es dulce, pero débil. Incapaz de hacer á sabiendas mal á nadie, puede hacer muy desgraciada á una mujer por imprevisión. Careciendo de firmeza de carácter no puede retroceder cuando ha adoptado una resolución, aunque sea mala. Si está sometido á una influencia benéfica, será bueno fácilmente. Si cede á una influencia perniciosa, hay que esperar de él los actos más peligrosos para sí mismo y para los demás. Es un verdadero niño á quien habrá necesidad de guiar y eso quizás no sea fácil. El otro... á quien usted conoce menos porque su naturaleza es complicada y profunda, es el reverso de la medalla. Apoyada en su brazo está una mu-

jer segura de atravesar la existencia sin peligros y sin penas. Toda su energía moral y física la empleará en proporcionar á la que haya elegido una existencia venturosa y brillante. Al decir «amo» dará su fe y su nombre y será fiel y constante hasta la muerte. Ese es un hombre. Llegará tan alto como quiera. Para un carácter como el suyo no hay obstáculos en nuestra sociedad rebajada y débil. Derribará todo lo que se le oponga. Hasta ahora ha logrado todo lo que ha querido y creo que hasta tiene poder para obligar á usted á amarle. Compréndame usted bien. Pudiendo elegir entre Thauziat y Luis no vacile usted, no cometa usted la locura de vacilar. Ciegamente, con los ojos cerrados, nada más que porque yo se lo digo tienda usted la mano á Thauziat. Con él tendrá usted un destino grande, feliz, envidiado. Él la ama á usted: No cometa usted la insensatez de rechazarlo. El amor de un hombre semejante es el sueño de un alma digna. Usted ha sabido merecerlo, él se lo ofrece, acéptelo usted y haga de ese amor la alegría de toda su existencia.

Al hablar así había ido animándose; sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban. Elena la había escuchado inmóvil, pesando todas sus palabras. Cuando Emilia le pintaba á Luis débil y desarmado como un niño, cruzó por sus labios una melancólica sonrisa, y cuando hablaba de Thauziat, poderoso y soberbio, inclinó la frente sombría.

—Gracias—dijo—no olvidaré nunca la prueba de amistad que acaba usted de darme.

Emilia, sin decir una palabra más, saludó con una inclinación de cabeza á la señorita de Gravelle y entró en el salón. Se despidió de la señora de Hérault, estrechó la mano á Luis y tomando el brazo de su padre salió. Hacia una hora que Thauziat se había marchado. La fiesta iba languideciendo por momentos y á poco se despidieron los últimos convidados. Mientras Luis les acompañaba hasta la puerta, la señora de Hérault se quedó sola en el salón con Elena.

—Querida Elena—dijo la anciana con satisfacción—, hemos tenido una gran fiesta y, gracias á usted, todo ha estado admirablemente y nada tengo que desear.

—¿Verdaderamente no tiene usted nada que desear, señora?—preguntó Elena.

—Nada, hija mía, más que la continuación de lo presente. Yo soy vieja y la vida no tiene ya promesas para mí, que no puedo contar con el porvenir; por eso todo lo que pido es que esto se prolongue. Que yo no me haga demasiado fastidiosa para que usted no se canse de acompañarme y que cuando termine mi vida Luis y usted estén á mi lado para cerrarme los ojos.

—¿Por qué acabar este hermoso día con pensamientos tristes?—dijo Elena.

—De usted depende que sean alegres, hija mía. Yo expreso un deseo, satisfágalo usted. Desde que está usted á mi lado todos mis temores han desaparecido y no experimento más que satisfacciones. Creo que en gran parte las debo á usted, y es tan grato á mi edad disfrutar tranquilidad en el

ánimo y seguridad en el corazón... Prométame usted que me tratará como á una verdadera abuela y que no me abandonará nunca.

La había atraído á sí y la estrechaba entre sus brazos. Elena vió correr lágrimas por sus arrugadas mejillas y se le oprimió el corazón. Recordó la llegada de la anciana á su pobre vivienda, las pruebas de afectuosa bondad que había recibido de ella y dijo gravemente cayendo de rodillas:

—Tendrá usted en mí una hija, yo se lo prometo.

Sintió posarse sobre su frente los labios de la anciana y la oyó murmurar: «¡Ah, si usted quisiera!...»

Se levantó vivamente para impedirle acabar la confidencia, y Luis que entró un momento después la encontró ya en pie y con aire indiferente.

—¿Se han marchado ya todos?—preguntó.

—Todos.

—Entonces vamos á dormir. Esta señora debe estar cansada.

Y apresurando la despedida para sustraerse á las preguntas de Luis, cuya ansiosa curiosidad adivinaba, salió del salón acompañando á la abuela. En vano el joven siguió á la señora de Hérault á sus habitaciones, esperando prolongar la velada y encontrar una oportunidad para abrir su corazón. La señorita de Graville, impasible, eludió con singular habilidad todos los motivos de conversación que podían conducir á aquel resultado. Entonces, maldiciendo la atroz insensibilidad de las mujeres, porque según él, Elena no podía menos de comprender sus angustias, maldiciendo su pro-

pia indolencia y su necedad, se encerró en su cuarto y pasó una noche terrible, devorado por la inquietud y abrasado por la fiebre.

Por su parte, la señorita de Graville no pudo descansar tampoco. En lugar de dormirse tranquilamente, como todas las noches, estúvose en la obscuridad, con los ojos abiertos, repasando los acontecimientos de aquel día. Rendida y enervada hubiera querido conciliar un sueño reparador, pero la tempestad de pensamientos que se desencadenaba en su cerebro, la tenía desvelada. Veía á Clemente inclinado hacia ella hablándola de amor. Su rostro sombrío se iluminaba y aparecía radiante y soberbio. No era ya el Thauziat indiferente y desdeñoso que ella conocía, sino un hombre tierno y seductor. ¡Con qué elocuencia describía sus torturas cuando había huido lejos de ella, esperando que la ausencia le hiciera olvidar! Pero el aislamiento, en lugar de matar su amor, lo había avivado. Por todas partes creía encontrar á Elena, en todas se le aparecía; al borde de los torrentes, en la cima de las montañas, en el fondo de los bosques. Hasta que hubo de convencerse de que la llevaba consigo dentro de su corazón, de donde no saldría jamás; y hasta que comprendió que su destino era amarla, y renunciando á luchar, había regresado para caer rendido á sus pies.

Al decir esto doblaba su gallardo cuerpo, y ella distinguía su noble rostro, animado por la pasión, en medio de la obscuridad interrumpida momentáneamente por los fuegos artificiales. Era sincero, su orgullo estaba dominado, amaba y experimen-

taba un vivo placer en aquel amor que le hacía esclavo. Ella no le había contestado. El entonces, con una fuerza de expresión maravillosa, le había iniciado en sus esperanzas para el porvenir, en sus sueños de ambición y de fortuna. Y súbitamente se había sentido elevada á alturas vertiginosas. Nada parecía inaccesible á aquella vasta inteligencia que debía alcanzar á todas las cumbres y ver el mundo á sus pies. Solicitado por Lereboulley entraba en la política y era candidato en las elecciones. Antes de mucho era indudable que figuraría en primera línea y á su gran posición en el mundo añadiría el prestigio del poder. ¿Quién le podría resistir? Los que no fueran seducidos serían dominados. Tenía claro en la frente el signo de los victoriosos. ¿Iba ella también á rendirse y asegurarle el triunfo que más ardientemente deseaba?

Las prevenciones que tenía contra él se habían disipado. Se le presentaba encantador y comprendía que lo que había notado de extraño en su modo de ser y de pensar, procedía de la gran originalidad de su talento y de la superioridad de su carácter. Su tono un poco desdenoso y la altanería de su actitud se explicaban fácilmente por el ningún caso que debía hacer de los que le rodeaban. Su humildad ante ella, adquiría por esto mayor importancia y había para ella una deliciosa satisfacción de amor propio en oír confesarse vencido á aquel rebelde y ser la soberana de aquel indomable.

De repente apareció ante su vista el pálido ros-

tro de Luis y su corazón se oprimió. En la embriaguez de su triunfo había olvidado al débil y variable joven. Por un momento había dejado de luchar en su ánimo con Clemente, como si vencido de antemano, se hubiese resignado con su derrota. ¿Cómo podía combatir con semejante adversario? Junto á él ¿no estaba fatalmente condenado al papel de satélite? ¿No debía aparecer pálido y oscuro en la órbita de aquel astro brillante? Donde Clemente ostentaba el vigor, mostraba Luis la debilidad. De un lado todo lo que prueba la esencia superior y divina de un ser humano; de otro todo lo que atestigua la enfermedad terrenal de la criatura. El contraste era completo y terrible para la que tenía que escoger. Emilia lo había dicho: «un hombre y un niño.»

Recordaba las palabras de su amiga, tal como las había pronunciado: «No vacile usted y tienda la mano á Thauziat.» Y sin embargo, no estaba dispuesta á dársela. Sentía en su corazón un movimiento compasivo que la inclinaba á Luis tan débil, entregado á sí mismo. Detrás del niño veía á su abuela y se preguntaba si podía abandonar á los dos en el momento en que contaban ciegamente con su adhesión y su gratitud. Él también la amaba como Thauziat, de un modo menos lisonjero, pero quizás más dulce. Luis no había hablado, se había contentado con amar; pero sus miradas suplicantes tenían mucha elocuencia. Desde que puso el pie en el hotel Hérault, la conducta de Luis se había modificado como por encanto. No había dejado á su abuela, á quien ella acompañaba. Siem-

pre á su lado, siempre mirándola, parecía no vivir más que para ella. ¿No era también un triunfo haber reducido á la cordura á un calavera? ¿No había él también luchado sometiéndose á su yugo como Thauziat? Él no había vacilado; desde el primer día, desde el primer minuto la había amado y no había pensado más que en amarla.

Le recordaba enlutado, pálido y triste. ¿Había de sumirle otra vez en la tristeza y hacerle llevar el luto de su amor? Además, ¿no era por él por quien había ido á aquella casa? ¿Acaso escuchaba ella á la señora de Hérault cuando la hablaba de la gratitud que debía á la familia de Graville? No; entonces no pensaba más que en aquel joven melancólico y dulce á quien con sentimiento había dejado de seguir con los ojos desde su ventana y que deseaba volver á ver. No era la abuela á quien había ido á buscar, era el nieto. Y en su primera entrevista ¡cómo latía su corazón cuando él entró y qué encanto no encontró en su voz! Había vivido á su lado, con alegría, sin sacudimientos, sin transportes y tal vez esta falta de peripecias perturbadoras y apasionadas la había impedido darse cuenta de que le amaba. La angustia que su corazón experimentaba al pensar que Luis podría ser desgraciado y las lágrimas que corrían de sus ojos á la sola idea de que volviera á su vida pasada, se lo hacían comprender.

Sin embargo, las palabras de Emilia seguían zumbando en sus oídos: «Si quiere usted ser feliz, elija á Thauziat. Luis es débil; si cede á una influencia perniciosa se puede esperar de él los ac-

tos más peligrosos para sí mismo y para los demás.» Pero en el fondo de su alma una voz respondía: «La influencia no será perniciosa porque será la tuya. Tú le llevarás á la felicidad por el camino del bien. Si tú lo quieres, será. ¿No se puede todo lo que se quiere?» Y la palabra que parecía ser su divisa resonaba imperiosa en su pensamiento, como siempre que tenía que tomar una resolución grave: ¡voluntad, voluntad! En vano trataba de reflexionar y discutir consigo misma; la palabra persistente, tenaz, implacable, seguía resonando y se imponía á su razón como un mandato divino.

Desde aquel momento se sintió más tranquila y cuando el día empezaba á clarear en su ventana, quedose dormida. Fatigada por su largo desvelo se levantó tarde, y a las diez de la mañana entró en la habitación de la señora de Hérault, que ya estaba lista y ágil como siempre.

—Ha sido usted perezosa, querida—la dijo.—Muy bien hecho. Estaba usted cansada, y no tenía buena cara. Yo no sé qué tiene Luis que se ha marchado á pie por el bosque muy temprano.

Elena no contestó, por más que sabía lo que causaba la agitación del joven. Bajó á las estufas con la señora de Hérault, y hasta medio día oyó, sin enterarse, los razonamientos de la anciana sobre las cualidades de las plantas y el modo de cultivarlas. Por primera vez desde que estaban en Boissise almorzaron solas. Luis no pareció. La señora de Hérault, inquieta, preguntó por él, pero le dijeron que no había vuelto. Dirigió á Elena una

mirada escrutadora, y ésta contestó con la mayor calma:

—Se habrá alejado más de lo que creía, y habrá almorzado en cualquier parte.

—Es posible—dijo la señora de Hérault no muy convencida.—Pero desde hace dos días está como aturcido... Con tal de que no haya hecho alguna tontería...

—Tranquilícese usted. No ha sucedido nada, y todo se explicará fácilmente.

A eso de las cuatro de la tarde las dos mujeres trabajaban en el saloncito, cuando oyeron rodar un carruaje que se detuvo delante del peristilo. En él llegaron Emilia y Thauziat. La joven entregó las riendas al lacayo, y aceptando la mano de Thauziat saltó al suelo. Elena les salió al encuentro. Las dos amigas se besaron en la escalinata. Thauziat no tendió la mano á la señorita de Graville, la saludó emocionado y subió lentamente hasta donde estaba.

—Usted le dijo *mañana*, y no ha querido esperar á la noche—dijo en voz baja Emilia, indicando á su amiga á Clemente con una mirada.—Ahí está conmovido y tembloroso, y seguramente esta es la primera vez que experimenta semejantes sensaciones. ¿No está usted orgullosa de inspirar ese amor?

Elena movió melancólicamente la cabeza y no contestó. Entraron los tres en el salón, pero al cabo de un momento Emilia se llevó hábilmente á la señora de Hérault, y la señorita de Graville y Thauziat se quedaron solos. Estuvieron un instante

turbados uno enfrente de otro. Por fin, Clemente hizo un esfuerzo y dijo sonriendo:

—Soy un acreedor poco paciente, ¿no es verdad? Pero usted no debe atribuir mi impaciencia sino á sí misma. Hubiera podido, imponiéndome un duro sacrificio, presentarme más tarde y dejar á usted más tiempo en libertad de reflexionar, pero quiero proceder con entera franqueza y aparecer á los ojos de usted tal como soy, aun á riesgo de mostrar alguna debilidad.

Y como la señorita de Graville iba á contestarle, la interrumpió suplicante:

—No hable usted todavía, se lo ruego... Al venir tenía prisa por saber su resolución, y ahora tengo miedo de conocer mi suerte. Se me figura que no he defendido mi causa con bastante elocuencia, y siento deseos de repetir á usted cuánto la amo, para que usted mida mejor el daño que va á hacerme si me dice que no quiere amarme.

—Sé todo lo que debo de saber—respondió Elena—y es inútil añadir una palabra. No soy ni ligera ni frívola: aprecio en lo que valen los sentimientos de un hombre como usted. Si hubiera podido tener alguna duda, el concepto en que tienen á usted todos los que me rodean la hubiese desvanecido, pero yo no necesitaba más ojos que los míos para comprender la altura á que usted se encuentra. Las que estoy diciendo no son vanas palabras. Usted ha sido franco conmigo, y yo debo serlo con usted. Sepa usted que me ha envanecido el ver que usted me ha distinguido entre tantas otras, y si el orgullo pudiera tener parte en mis resolucio-

nes tal vez en este momento le tendería mi mano...

—¡Elena!—exclamó Clemente pálido como un difunto.—Elena, ¿á qué respuesta quiere usted prepararme?

—A una respuesta que, porque estimo bastante el carácter de usted y tengo suficiente confianza en su generosidad, deseo darle por mí misma. Usted me rogaba antes, y ahora me toca á mí rogar á usted. ¿Me promete usted concederme lo que le pida?

—Todo—exclamó Clemente impetuoso.—Todo, menos dejar de amar á usted.

La señorita de Graville fijó en él sus bellos ojos suplicantes, y le dijo tendiéndole las manos, que él no se atrevió á tomar:

—Usted me amará como á una amiga segura y leal. Ese amor que siente usted por mí, y que quizás se extinguiría pronto como una llama demasiado viva, se trocará en afecto sólido y duradero. Yo quisiera hacer á usted comprender qué feliz sería si cediese á mis ruegos y cómo agradecería tanta grandeza de alma. Usted es el único á quien yo me atrevería á pedir ese esfuerzo sobre sí mismo, porque es usted el único á quien creo capaz de hacerlo. Yo se lo ruego á usted, salgamos de esta situación tan dolorosa para los dos. Usted con el ánimo confortado por resoluciones generosas; yo con el corazón lleno de un sentimiento que durará toda mi vida.

Thauziat permaneció silencioso con la frente inclinada sobre el pecho.

—¿No contesta usted?—preguntó Elena presa de

horrible ansiedad.—¿En qué piensa usted?—añadió dulcemente.

—En los hermosos ensueños que había forjado, y que en un momento han desaparecido para siempre. ¿Es posible que yo le sea á usted indiferente y que no pueda conseguir que usted me ame? ¿No debo conservar ninguna esperanza? ¿Está usted segura de sí misma y de lo que piensa? ¿Ama usted á otro?

Entonces fué ella la que no contestó. Él la observaba ardientemente, y en pie, irguiendo su elevada estatura, con la frente sombría. Elena volvió á verle como cuando personificaba á sus ojos el genio malo de Luis. Le pareció amenazador y terrible; recobró sus antiguas impresiones, y le juzgó capaz de mucho bueno y de mucho malo. En aquel momento el instinto del mal parecía dominarle, y la dulzura y la bondad habían desaparecido de su rostro como desaparecen las ligeras nubes en las cumbres de las montañas barridas por el viento de la tempestad.

—He prometido a la señora de Hérault—dijo por fin Elena—no dejarla nunca, y usted sabe que de este modo pagaré una deuda de gratitud. Ella ha sido muy buena conmigo y yo seré dichosa viviendo á su lado mientras dure su vida.

—Vamos, sea usted franca—interrumpió Thauziat—Tenga usted el valor de decir la verdad. No es por la señora de Hérault, sino por Luis por quien usted quiere seguir en esta casa. Usted le ama... Usted le ha preferido. ¿No se atreve usted á confesar que le ama?

Este reto sublevó á Elena, que dijo desafiando á Thauziat con su mirada;

—¿Quiere usted que se lo diga? Será usted satisfecho. Sí, le amo.

—¿Y qué ha hecho para eso?—exclamó Clemente con amargura.

—Es débil y necesita defensa.

—Diga usted que es cobarde y vicioso.

—Yo seré su valor y su virtud.

—Si él se reconoce inferior á usted la odiará.

—Como mi intención habrá sido buena, sufriré sin quejarme.

—¿Y cree usted que yo la dejaré sacrificarse?

—¿Con qué derecho ha de intervenir usted?—preguntó Elena irritada.—Creo que se toma usted muchas libertades. Hasta ahora he permitido que me hable usted libremente, pero si abusa de mi bondad dejaré de escucharle.

—Perdóneme usted—exclamó Clemente juntando las manos.—Padezco tanto, que me arrebató y la ofendo. Sin embargo, Dios sabe cuánto la adoro. Quisiera poner á usted en guardia contra los peligros á que va á exponerse y que no quiere usted comprender. Si pinto á Luis tal como le conozco me acusará usted de perfidia y deslealtad, y por otra parte no puedo dejar que usted... El mundo en que usted va á entrar, y que apenas conoce, está sembrado de escollos y emboscadas: todo es traiciones y mentiras. Si no es usted defendida recibirá crueles heridas... Y Luis, Luis... ¿Quiere usted confiarse á un hombre que necesita él mismo tanta protección?

Elena, con tono jovial, dijo apoyando la mano en el brazo de Clemente:

—Pues bien, si necesita protección tendrá la mía, y en caso de necesidad la de usted.

Clemente dió un paso atrás, y exclamó enfurecido:

—¡Nunca! Yo le odiaré mortalmente si veo á usted casada con él.

—Eso es lo que yo no quiero—dijo Elena con firmeza.—Me va usted á dar su palabra de honor de que el día que yo me case con Luis olvidará todo lo que me ha dicho, y Luis y yo tendremos en usted un amigo.

El movió negativamente la cabeza. Ella se acercó á él con una gracia encantadora, y dijo obligándole á mirarla:

—Jure usted, y le querré de veras.

El movió por segunda vez la cabeza, y repuso haciendo un esfuerzo:

—Daría un mundo por complacer á usted; pero no soy más que un hombre y no se me pueden pedir virtudes divinas. No; me será imposible perdonarle el mal que voy á sufrir por su causa. Sé que es inocente, y comprendo que soy injusto; pero usted no puede hacer que yo no envidie su felicidad. Yo la amaré á usted hasta mi última hora con la suprema esperanza de que algún día, viendo la nulidad del hombre á quien habrá dado su ternura, pueda usted volver á mí. Siempre estaré pronto á aceptar de rodillas ese amor que imploro y usted rehusa. Un hombre como yo no cambia. La amo á usted hoy, la amaré mañana, suceda lo que suceda, y no dejaré de amarla nunca.

—Y yo—dijo gravemente Elena—soy una mujer que no da dos veces su corazón. Tal como me encuentra usted hoy me encontrará dentro de diez años.

Dió un paso hacia ella como para suplicar, comprendió que era inútil, lanzó una exclamación de dolor, y saludando á la señorita de Graville se alejó. Ella, con la frente ardorosa y la mirada vaga, salió á la terraza, se ocultó de la señora de Hérault y Emilia, que se reunían á Thauziat, parado junto al carruaje, y ávida de silencio y soledad, entró por las avenidas del parque.

Al llegar al sitio donde terminaban los lagos se dejó caer en un banco de césped, y meditó profundamente. Tanto Clemente como Emilia la prevenían contra su inclinación y le anunciaban grandes peligros si se casaba con Luis. La animosidad del primero se explicaba por su amor; mas á pesar de esto comprendía Elena que hablaba con sinceridad. Pero Emilia, la amiga, la compañera de todos los días, le decía lo mismo. Pareció á Elena que estaba al borde de un abismo, cuya inmensidad no podía medir. Pero en el fondo había una lucecita brillante que la atraía. ¿No era acaso la esperanza? ¿Y había esperanza de salir del abismo una vez caída en él? Entonces, ¿por qué seguir avanzando? Ella era libre: podía no exponerse al peligro. ¿Qué la obligaba? Bastaba una palabra, y todo había concluido. ¿Vacilaba en pronunciarla? ¿Temía á la pobreza desde que vivía en el lujo? No; volvería á su trabajo y emprendería otra vez sin quejarse su vida de privaciones. ¡Pero la anciana, á quien ha-

bia prometido ser una hija para ella, quedaría abandonada, y después de haberla acostumbrado á las dulzuras de su cariño la dejaría sola y afligida! Y Luis, tan triste y tan desalentado desde dos días antes, volvería á verse de nuevo entregado á sí mismo.

En aquel instante un dolor inmenso llenó su corazón. Tuvo la certidumbre de que si desdeñaba los consejos de Clemente y Emilia, se preparaba los más crueles sinsabores; pero la voz que hablaba en su interior repetía: «Sé valerosa y atrevida; arrostra los peligros, y triunfarás por la voluntad.»

Y en el negro abismo que parecía abierto para tragársela, vió que la lucecita tomaba cuerpo, subiendo hacia ella, y el abismo adquiría un tinte azul y pareció á Elena que tenía antes sus ojos el infinito del cielo. Desde entonces su resolución fué irrevocable, y la fortaleció la convicción de que vencería todos los obstáculos, persuadida de que al defender su felicidad defendería la de los seres que amaba. Su corazón se tranquilizó; recobró la calma, y Elena estuvo allí durante algún tiempo gozando la deliciosa tranquilidad que la rodeaba.

Al cabo de algunos minutos llamó su atención un ruido que oyó entre el follaje. Levantó los ojos y vió á Luis parado á pocos pasos de ella. Estaba pálido y sudoroso. En su ropa había hojas de musgo como si se hubiera acostado en el suelo en el bosque. Se acercó á Elena, y dijo con voz insegura:

—No creía encontrar á usted aquí y voy á alejarme. Sin duda soy importuno...

—¿Y por qué?—preguntó Elena.

—Desde ayer evita usted hablar conmigo—respondió con amargura.—¿Es que mi presencia la disgusta á usted ó que hay otra que le es más grata?

—No comprendo...

—Acabo de ver marchar el coche en que iban Emilia y Thauziat.

—¡Ah! ¿Es el señor de Thauziat el que le ocupa á usted?—dijo sonriendo la joven.—Pues dudo que vuelva.

Luis hizo un movimiento de impaciencia, y sin poder contenerse se adelantó á Elena.

—¿No le ama usted?

—¿Pero es indispensable amarle?

Luis se puso más pálido que cuando estaba celoso, y se arrodilló al lado de la joven tendiéndola las manos que tenía heladas.

—¡Oh, Dios mío!—dijo—¡Cuánto he sufrido! Pero, ¿qué le preguntó á usted ayer? Porque yo comprendí que no me decía usted la verdad.

—Ayer—respondió dulcemente Elena—me preguntó si quería ser su esposa... y hoy...

Elena se detuvo gozando deliciosamente en la emoción que dominaba á Luis, cuya vida parecía suspenso.

—¿Hoy?.. —repitió Luis.

La señorita de Gravelle le acarició con una mirada de inefable bondad, y con una voz dulce é inminente que resonó como música celeste en los oídos del que la amaba, continuó diciendo:

—Hoy le he contestado que no saldré nunca de esta casa.

—¡Elena!—exclamó Luis, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Elena estaba á su lado gozosa de su alegría y sonriendo al verle llorar. Luis la abrazó apasionadamente y estrechándola como si temiera que aún se la disputasen, exclamó:

—¡Cuánto la adoro á usted, y qué feliz soy!

Elena se desasíó con un movimiento dulce, enjugó maternalmente los ojos de Luis, se levantó, tomó el brazo del que ya era su prometido, y apoyados uno en otro, sin acertar á decir una palabra, volvieron al castillo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO